

## *Omar Livano*

### *Pulitón*

En Chillón, no es que la gente sea mezquina, sino que a veces los problemas de uno son más importantes que los demás. Sinceramente, todos creemos eso ¿no? Puede ser que sin querer nos hayamos vuelto más egoístas. Y estar al tanto de nuestro egoísmo para enmendarlo tampoco nos importa mucho. En realidad, pocas cosas nos importan en Chillón. Tal vez la comida. O el futbol de los domingos. Tal vez asfaltar nuestras pistas. No tenemos agua, luz sí, pero nada de agua, ni de pistas, sólo tierra. Tierra muerta.

Chillón es parte del Cono Norte de Lima. Yo creo que viene a ser la punta del cono, porque estamos más lejos que Comas o Los olivos. Después de Puente Piedra. Casi, casi llegando a Ancón. Nuestras casas están hechas de tripley seco, gastado por los años y los inviernos. Los techos son estera cuarteada y los vecinos suelen estarse contentos cuando sus goteras pueden contarse con los dedos de una mano.

Pulitón cayó afligido por el sol. A Pulitón todos lo conocemos así: como Pulitón. Aunque son pocos los que conversan con él, por lo menos sí, todos lo conocen, por lo menos de vista. Cuando tocaba mi puerta, Lupe lo atendía a pesar de todo. Le daba la mano con asco y le mostraba las encillas tratando de parecer risueña. Ella por lo menos lo saludaba, la mayoría lo ignoraba y punto. Pulitón no era de Chillón. Nadie sabe exactamente dónde vivía. La mayoría creíamos que dormía en la calle, debajo de un costal. Su única compañía, quizá, era su botella de cañazo. Más que eso no se supo. De hecho a nadie le interesó saber más.

El sobrenombre se lo pusieron precisamente porque de eso trataba su negocio. Pulitón vendía pulitón. Se pasaba mañanas y tardes tocando puertas. Llevaba la mercadería en bolsas que recogía de la calle, y que luego lavaba cuidadosamente. Arrastraba los zapatos al caminar porque nunca llevaba pasadores. Llevaba puesta una chompa de lana que se pegaba a su cuerpo encorvado como un plástico retorciéndose por el sol. Su piel chamuscada y su cabello gris escapando afanoso de una gorrita gastada que decía: USA 94. Regresaba a Chillón cada dos o tres meses, incluso había años enteros en que no lo veíamos. Por supuesto, nadie lo extrañaba.

Ese día Pulitón se desmayó y la única que se acercó con intención de recogerlo fue Lupe. Los demás eran sólo una tira de chismosos. Con mi ayuda lo llevamos a rastras hasta la casa. Aparentemente seguía con vida. Lupe le cogió el pulso y yo creí por un momento que había recibido algunos cursos de enfermería.

—No, —me dijo—, pero en la vida hay que aprender de todo.

—¿Y cómo sabe que vive? —le pregunté.

—Tócale acá —guió mis dedos hasta la parte donde el cuello se unía con la cabeza, unos cinco centímetros más a la izquierda— ¿lo sientes?

Asentí. Lupe le puso una franela mojada sobre la frente. Enjuagaba la franela cada cierto tiempo y la escurría en un lavatorio: “Siente cómo se calienta el agua”. Trajo un poco de alcohol y se lo puso en la nariz. “Inhala”, susurro. Me acerqué y pude distinguir algunos pelitos con mocos que huían de sus fosas. Pensé que eso podía darle asco a Lupe, pero ella parecía más concentrada en otra cosa.

—Llévemolo a la posta —le sugerí.

—No es necesario, ahorita despierta.

— De seguro buscará su botella —me adelanté— ¿La escondo?

—Déjala ahí, encima del repostero.

Cuando regresé de la cocina —que no era cocina porque estaba en la misma habitación— pude ver cómo las pestañas de Pulitón comenzaban a contraerse. Un gesto de sorpresa, una ligera náusea y luego se limpiaba los ojos con los nudillos.

Lupe le acercó un plato de escabeche, de pollo recalentado y mezclado con arroz, un pan y un vaso con algo que parecía ser limonada. Pulitón comió callado y de prisa.

—¿Estás mejor? —preguntó Lupe, mirándolo desde donde estaba.

—¿Dónde está mi botella? —respondió él.

El viento hacía temblar las esteras. El polvo se recostaba por toda la casa. Lupe sacudía la radio y la cómoda. Lo que tenía en la mano, en realidad, no era un plumero. Era un pañal que, hace cuatro años, le había pertenecido a mi hermano. Ese pañal ahora era un trapo. Viejo, feo, pero útil. Lupe le daba varios usos a las cosas. Guardaba las bolsitas que traía del mercado. El pan que, pocas veces, se secaba lo convertía en ají de gallina. Era curioso ver a Lupe convertir las botellas de plástico en floreros, o los cables de luz en cordeles para la ropa. Todo lo que podía convertir era admirable.

Lupe me ordenó que cerrara la puerta.

—¿Dónde está mi botella? —insistió Pulitón.

—No te hemos traído con ninguna botella —mintió Lupe.

—¡No me mientan, carajo!

—Yo no he visto a nadie con botella —respondió Lupe enérgica.

Pulitón gruñó. Se vio engañado y la miró detenidamente como reprimiéndose las ganas de odiarla. Era poco lo que podía reclamar, porque a pesar de todo, fue Lupe la única que lo ayudó. Se puso de pie y salió. Cuando estuvo cerca a la puerta, pensé que voltearía para despedirse y agra-

decer, sin embargo se retiró musitando lisuras y mentadas de madre que no escuchamos claramente, pero que entendimos por completo.

\*\*\*

Lleve a mi hermano a jugar al parque que de parque sólo tiene una losa. Lo demás es tierra por aquí y por allá; y claro, la imagen de Santa Rosita de Lima. El año pasado intentaron sembrar gras, pero nuestra tierra es maluca. Aquí no crece nada. Además no tenemos agua y el precio que puso el aguatero, para regar solamente tres veces por semana, era demasiado alto. Entonces, en asamblea general, Lupe sugirió que el agua utilizada la volvamos a utilizar para regar el supuesto gras. Todos aceptaron, pero —como siempre— nadie cumplió.

Nuestro parque, o mejor dicho nuestra losa, es de concreto. Los arcos —donados por el alcalde en el 90— sirven como columpios para los más chibolos. Siempre se juega así: a ver quién llega primero a la parte de arriba, donde está el tablero de básquet. La competencia era ardua hasta que llegaban los más grandes y nos largaban a patadas. Ellos siempre peloteaban cinco-cinco, con arquero-jugador. Algunos jugaban descalzos y otros, es decir los únicos que llevaban zapatillas, eran por lo general los más fintosos, los que terminaban sacándose el polo y exhibiendo las costillas y los brazos tembleques.

En un choque la pelota voló y rozó la frente de mi hermano. Corrí tras ella para mandarla de vuelta a la losa, pero antes de llegar la figura de Pulitón se plantó frente a mí.

—¡Pulitón, la bola! —le grito uno, el más flaco.

Pulitón carraspeó y pateó el balón con todas sus fuerzas. Al hacerlo el peso de su costal lo jaló para un lado y terminó yéndose de bruces. La pelota pasó lejos de la losa.

—¡Chueco de mierda! —le gritaron— ¡Pa eso tomas!

Se puso de pie como pudo y me entregó una bolsita percutida. Polvo lila. Aplastada, amorfa como él.

Intentó balbucear algunas palabras, pero antes de que pudiese decir algo cogí a mi hermano y nos fuimos corriendo. Ya en la puerta Lupe me riñó por no haberle dicho que iríamos al Parque. Me arrastró de las patillas hasta meterme a la casa. La radió chillaba con la voz de Rosy War. Lupe me miró sorprendida al descubrir el paquete que tenía entre manos.

—¿Y eso? —me preguntó, señalando la bolsa.

—Me lo regaló Pulitón —le respondí sin mirarle el rostro— seguro que es por lo de la vez pasada.

—Seguro estaba borracho ese viejo —me dijo, ajustando la emisora.

—Sí

—Claro pues de que otra manera va a regalar algo ese viejo tacaño.

Pensé mucho en Pulitón después de eso. Por momentos creí que Lupe lo debía haber conocido de otro lado. Al final terminé por acostumbrarme a recibir las mismas bolsitas cada vez que Pulitón aparecía. Nunca hablamos. Nunca le agradecí tampoco.

\*\*\*

Pepe creció y comenzó a ir al colegio conmigo. Heredó mi ropa como corresponde. Lupe le pedía a la vecina que nos eche un ojito, mientras ella trabajaba. Aunque a mí ese ojo me parecía innecesario. Yo ya estaba grande y podía cuidar a Pepe.

Llegando del colegio debía ir con las ollas al Comedor para recoger la comida. Cuando volvía me paraba, siempre, a husmear en los puestos de recortables. Me fascinaban los de Dragon ball. A veces de los tres soles que dejaba Lupe para el almuerzo, sobraban 10 o 20 céntimos. Entonces me la pasaba buscando alguno que valiera la pena. Siempre encontraba más de dos o tres y cada uno estaba 10 céntimos. Era muy complicado elegir, pero era necesario. Necesario y doloroso.

En esas, sin percatarme, Pulitón estaba parado detrás de mí. Sonriéndose con esos dientes amarillos y rufianescos. Sentí su aliento borracho, su olor a desdicha y la joroba que cada día lo encogía más.

—Elige los dos, yo te presto —me dijo.

No lo dude y compré ambos. Luego, claro está, me fui disparado.

Siempre escondía mis recortables de Lupe entre las páginas de cualquier libro. “A ver si se les quita lo aburrido”, pensaba. Supongo que esa vez Pulitón me saló, porque hasta un día antes Lupe nunca se dio cuenta de nada. Pero ese mismo día, buscando quién sabe qué, los encontró. Esa tarde, mientras el sol se achicaba en el cielo, Lupe me saco la mierda por andar gastándome la plata de la comida.

—Me lo regalo Pulitón —traté de decirle sollozando. Se detuvo y descompuso el gesto. Parecía como si su saliva hubiese quedado agazapada en su garganta. Lloró. Lloró, pero igual siguió dándome.

\*\*\*

En Chillón los chismes vuelan. Era domingo y los vecinos acostumbran sentarse en las afueras de su casa, para tomar el sol y ver a sus niños corretear por las calles, sudorosos, malsanamente bronceados, torpes y felices.

Lupe trabajaba hasta en sus días de descanso. Ese domingo que limpió la casa, llegó a reunir un montón de desperdicios. Otros vecinos pululaban en sus fachadas, sentados en sillas pequeñísimas hechas de madera y caña. Lupe con unos fósforos se disponía a encender el bulto de basura. Claro que no era la única que hacía lo mismo. El basurero pasaba dos veces al mes. Y eso es decir mucho. Así que la basura terminaba acumulándose y los domingos algunos vecinos —como Lupe— hacían de su basura una fogata. Habían pequeñas y grandes. Los muchachos del barrio esperábamos

ese día. Para nosotros era un ritual, una fiesta.

El sol se caía y el cielo se teñía de naranja. Comenzaba a oscurecer. Las antorchas se encendían. Arrojábamos trozos de madera y botellas de plástico que recogíamos de las laderas. Por aquel entonces nadie se dedicaba al reciclaje. Todo era alimento para el fuego. Oscurecía y uno se enredaba con el humo. A Pepe le costaba respirar, se atragantaba. Los más grandes corríamos de casa en casa y arrojábamos más cosas, más basura, más de lo que sea al fogón.

De repente la vecina que siempre nos echa el ojo, nos gritó desde el otro lado de la calle.

—Lupe, ¿supiste lo de Pulitón?

—¿Qué pasó con ese viejo borracho ahora?

—Lo encontraron atropellado en la Panamericana. Dicen que estaba huasca.

La vecina lo decía como quien saluda, pero era cierto. El noticiero del mediodía lo había transmitido, y aunque la que nos dijo esto no tenía tele, otra vecina le había comentado a ella lo sucedido.

—Pobrecito ¿no? —continuó, llenándose la boca de hipocresía—. No tenía familia el viejito.

Mi hermano permanecía jugando con unas bolsas. Habían muchas. Las metía al fuego y las levantaba con un palo. Veía sonriente cómo el fuego caía en forma de lágrimas. Una tras otra.

Lupe, en cambio, quedó atónita. Se metió a la casa con la excusa de seguir limpiando. La seguí movido, sobre todo, por la curiosidad. La vi llorando, restregando su cara contra la palma de sus manos. Sentí que mi garganta se endurecía. Era sopor, agonía.

El grito de Pepe penetró como un aullido. Lupe se limpió rápido el rostro con las mangas. De repente se recompuso de inmediato. Salimos, y la vecina tenía cargado a Pepe. Lo llevaba a los brazos de Lupe.

—¡Se quemó!, ¡se quemó! —gritaba desesperada.